

PREPUBLICACIÓN: "GENERACIÓN LÍQUIDA", por Zygmunt Bauman y Thomas Leoncini-

THOMAS LEONCINI:

Añoramos épocas pasadas sólo porque estamos seguros de que no pueden volver. Todos los días son buenos para oír a alguien que ensalza los tiempos perdidos como más justos, más en línea con unos principios consolidados. Y entonces entras en un bar, hojeas un periódico y te topas con un tema perenne de todos estos no lugares: los más jóvenes no están disfrutando de su juventud por culpa de internet y de los smartphones. No dudamos en acusarlos de estar conectados a todas horas, de no quitarle ojo al teléfono en ningún momento, de llevar siempre encima el no lugar más moderno y líquido por antonomasia (la web) y de vivir perpetuamente en un limbo de bolsillo que no existe, que crea relaciones continuas aunque inexistentes porque cuenta la leyenda que cuando dos smartphonianos se encuentran, charlan sin interés durante unos minutos y luego siguen mirando fijamente el teléfono para construirse sus propios universos paralelos digitales. Sin embargo, los chicos de hoy en día son iguales a como éramos nosotros. Tan solo nos distingue una sutil diferencia: ¡nosotros hemos crecido con el teléfono fijo, ellos con la mirada fija en el teléfono! Aunque si nos paramos a pensarlo, no es del todo cierto. Cuando yo tenía 15 años, acababa de llegar la moda de los teléfonos móviles que podían llevarse al instituto (más de 400.000 liras, o 200 euros de la época, para tener una cabina telefónica portátil, que al fin y al cabo tan portátil no era, entraba solo en los bolsillos grandes; una vez me lo metí en el bolsillo delantero de los vaqueros y acabé con la antena encima de los zapatos). También nosotros pasábamos los días enteros pendientes de la pantalla del móvil y alguno recordará el porqué [...]. Todo esto para introducir un aspecto que continúa vigente en la actualidad: la necesidad de los jóvenes de entonces, como la de los de hoy, de sentir un interés particular por todas aquellas realidades que acortan aún más las distancias espaciales y aceleran el proceso de selección y reclutamiento de las parejas sexuales, en favor de una preponderancia absoluta del tiempo sobre el espacio. WhatsApp, Telegram, Snapchat o Messenger tienen esta gran función: acortan nuestros tiempos, nos hacen llegar con mucha más rapidez al objetivo deseado, son procesos instantáneos que ratifican como nunca antes hasta ahora el fin de las distancias espaciales, estableciendo como única fina barricada la empalizada temporal. «¿Cuánto tiempo necesito para llegar a tu casa en Miami si estoy en Roma?» es la pregunta recurrente. ¿Habéis oído alguna vez a alguien decir: «Cuántos kilómetros debo recorrer para llegar a donde tú estás»? La modernidad líquida ha modificado por completo nuestros esquemas psicológicos y en consecuencia nuestros prototipos cinestésicos. Pero ¿qué representa realmente internet para nosotros y para nuestra identidad? ¿Es un mundo aparte o más bien un complemento a estas alturas indispensable para nuestra identidad? ...] Con nuestros perfiles personales en las redes sociales, todos experimentamos más bien la ilusión del totalitarismo: somos libres de bloquear a los usuarios, de eliminar las solicitudes de conexión tan solo porque no conocemos a alguien personalmente. Hasta hace poco tiempo, Facebook ofrecía a sus usuarios registrados la posibilidad de señalar a un usuario en el caso de que se permitiese enviar una solicitud de amistad a otro usuario que no conocía en persona. Por lo tanto, el único error del desventurado solicitante de asilo en terreno digital ajeno, por el que podía arriesgarse al bloqueo de su cuenta, era haberle pedido a un desconocido que lo alojase entre sus amigos. Con las redes sociales, además, cualquiera puede (en un minuto) hacerse un perfil falso y ofender a otros usuarios, protegido por la garantía del poder de la privacidad. [...] Con internet tenemos realmente la ilusión de ser personas únicas y de ser capaces de gestionar el exceso de búsqueda del sentido de la vida.

ZYGMUNT BAUMAN:

La red entró de un modo triunfal en nuestro mundo con la promesa de crear «un hábitat ideal, político y democrático», pero ¿adónde nos ha ayudado a llegar? A la actual crisis de la democracia y al agravamiento de las divisiones y los conflictos políticos e ideológicos. Efectivamente, acogimos con entusiasmo la promesa de la oportunidad de una segunda vida, pero el mundo en el que tendemos a llevar nuestra segunda vida es un mundo de ciberacoso y difamación. Y sí, la llegada de la red ha convertido de repente en realistas nuestras esperanzas de popularidad, pero, al haberla puesto engañosamente a nuestro alcance, la ha hecho casi obligatoria, aunque con una probabilidad de adquirirla equivalente a la de ganar la lotería. Pero comencemos desde el principio. Propongo empezar por el giro verdaderamente revolucionario en la condición humana llevado a cabo paso a paso -en el transcurso de una sola generación- por la tecnología de la información: desde las gigantescas estructuras de las cuales, según sus inventores y pioneros, con haber instalado alrededor de una docena habría bastado para satisfacer la totalidad de las necesidades informáticas de la humanidad, hasta la miríada de dispositivos, primero portátiles, y luego tan pequeños que caben en la palma de la mano (tabletas, teléfonos móviles y cualquier otro cacharro que pueda ser lanzado al mercado antes de que tú y yo concluyamos esta conversación); en todo momento, 24 horas al día y siete días a la semana, al alcance de los millones de propietarios-usuarios de todas las edades, en cualquier situación, en el bolsillo o en el bolso, pero sobre todo en la mano. Por mucho que podamos estar y/o sentirnos solos, en el mundo online estamos siempre potencialmente en contacto. El mundo offline, sin embargo, no ha desaparecido, ni es probable que desaparezca en un futuro próximo; y en ese mundo offline, así llamado en contraposición al recién llegado online, esta prerrogativa no se aplica -ya que no se aplicaba cuando ese mundo era el único que habitábamos, y su compañero o rival aún no se había inventado-, es decir, durante la mayor parte (hasta ahora casi la totalidad) de la historia de la humanidad. Pero ahora existen dos mundos, netamente distintos el uno del otro, entidades plena y verdaderamente en las antípodas, y la tarea de reconciliarlos y forzarlos a solaparse está entre las competencias que el arte de vivir en el siglo XXI nos exige adquirir, hacer nuestras y utilizar. Preceptos y reglas de comportamiento distintos, fronteras trazadas de forma diferente entre lo que habría que hacer y lo que habría que evitar, y vocabularios y códigos de conducta -prescritos, usados, enseñados y aprendidos- distintos, desde el momento en que estamos destinados a vivir en ambos mundos, dividiendo así nuestras horas, nuestros días (¿nuestras vidas?), entre dos universos, códigos comportamentales, modelos de convivencia e interacción distintos. Los seres humanos del siglo XXI son de dos mundos. Pertenezco a uno de los dos, el offline. El otro -el mundo online, el que se nos induce, insta e incita a construir con nuestros modos y medios, valiéndonos de los instrumentos, estrategias y recursos ofrecidos por la tecnología informática- se presenta a menudo, e incluso demasiado a menudo se experimenta, de forma enfática como si me perteneciese. Puedo, al menos en parte, diseñar su forma y sus contenidos; puedo eliminar y bloquear los fragmentos indeseados, incómodos, que me molestan; puedo monitorizar los resultados y deshacerme de todo aquello que no haya logrado cumplir los estándares que yo he prefijado. Resumiendo, online, a diferencia de todo lo que ocurre offline, soy yo quien ostenta el control: yo soy el jefe, yo mando. Tal vez no tenga madera de director de orquesta, pero soy yo quien decide qué música suena. Algunos observadores perspicaces han comparado esta sensación divina a la que invade a un niño dejado a sus anchas en una tienda de golosinas. Pese a todo, el problema es qué chucherías escogerá y disfrutará ese niño. En este punto, querido Thomas, la opinión de la mayoría (es decir, que el acceso a internet habría creado «un hábitat ideal, político y democrático», como

tú decías) se ha topado con una amarga desilusión. El acceso a la red ha resultado no ser una búsqueda de una mayor iluminación, de unos horizontes más amplios, del conocimiento de concepciones y estilos de vida desconocidos hasta ahora, con el fin de implantar en ella ese diálogo que exige «el hábitat democrático ideal». La mayor parte de las investigaciones sociológicas al respecto muestra que la mayoría de los usuarios utilizan internet atraídos no tanto por la oportunidad de acceso como por la de salida. Esta segunda oportunidad se ha revelado hasta el momento como más atractiva; se ha empleado muchísimo más para construirse un refugio que para derribar muros y abrir ventanas; para reservarse una zona de confort exclusiva, lejos de la confusión del mundo caótico y desordenado de la vida, y de los retos que este plantea al intelecto y a la tranquilidad del espíritu; para evitar la necesidad de dialogar con personas potencialmente irritantes y estresantes, en el sentido de que tengan opiniones distintas a las nuestras y difíciles de comprender, y, como consecuencia, la necesidad de participar en un debate y arriesgarse a salir derrotados. Con el simple recurso de poder eliminar todo lo que no se desee que aparezca o de bloquear el acceso a los invitados indeseados, la red permite un «espléndido aislamiento» pura y sencillamente irrealizable e inconcebible en el mundo offline (intenta, a ver si lo logras, alcanzar el mismo objetivo en la calle, en el barrio, en el lugar de trabajo...). En vez de servir a la causa de aumentar la cantidad y mejorar la calidad de la integración humana, de la comprensión mutua, la cooperación y la solidaridad, la red ha facilitado prácticas de aislamiento (enclosure), separación, exclusión, enemistad y conflictividad. Y además has tocado otro punto de una importancia capital, «los numerosísimos casos de ciberacoso y difamación»... Internet, en efecto, ofrece a cualquiera vía libre para las insinuaciones, las murmuraciones, las calumnias y las difamaciones, y en general para la mentira (como observa cáusticamente un ex dignatario soviético en sus memorias Réquiem por mi tierra madre, la revolución «democrática» en Rusia «ha acabado con el monopolio de la mentira del partido en el gobierno»). Tal vez no te encuentres nunca con tu víctima cara a cara (y viceversa); bien ocultos bajo la armadura del anonimato, el riesgo de ser denunciados por calumnias se reduce a la mínima expresión.

THOMAS LEONCINI:

De este modo, la relación entre fama y red crea un mecanismo de amplificación de la propia modernidad líquida: un abundante bufé rebosante de manjares que nos hace la boca agua. Y la red es ese abundante bufé de delicias. Internet a menudo amplifica tanto los deseos sexuales como el deseo de inmortalidad. Platón, que nació hace más de 2.400 años, afirmó que el hombre se asombraría por el comportamiento de sus semejantes si antes no fuese capaz de asimilar que todo hombre se ve embargado por el amor a la fama y osa obtener la gloria inmortal. Para garantizar esta reputación en el seno de la sociedad, según Platón, el hombre es capaz de enfrentarse a cualquier peligro con una ferocidad aún mayor a la que emplearía para defender a sus propios hijos. Hoy en día todo el mundo disfruta al menos de 10 minutos de fama en la vida: basta con introducir la fecha de nacimiento en nuestro perfil de Facebook para que ese día, cada año, se nos llene de notificaciones públicas, que para las mujeres se traducen con frecuencia en invitaciones a tomar café, mientras para los hombres, en un aumento de las oportunidades de seducción. ¿Qué piensas sobre esto?

ZYGMUNT BAUMAN:

Pienso que se trata de otro argumento importante que incluyes con acierto en nuestro diálogo: una novedad que, para variar, puede verdaderamente, en el mejor de los casos, generar nuevas oportunidades para la vida pública. Lo que tú denominas fama es al fin y al cabo un arma de doble filo. Por lo general, los famosos son conocidos porque se habla mucho

de ellos, pero incluso las personas con las ideas más benéficas deben hacerse un nombre si quieren que sus propuestas sean leídas, escuchadas y debatidas con seriedad. Internet desmantela muchas de las barreras erigidas en el pasado en torno a los accesos a la esfera pública, que en demasiados casos equivalían a una censura informal. No se lograba aparecer en público si uno no se había granjeado los favores de un canal de televisión; no se llegaba al público lector para dar a conocer las ideas propias, por muy originales y válidas que pudieran ser, si la dirección de un diario o de una revista no aceptaba imprimirlas y difundirlas. Estas barreras, estas rígidas restricciones impuestas al acceso a la esfera pública, son ya un recuerdo del pasado, a juzgar por nuestro diálogo. Para bien o para mal...

THOMAS LEONCINI:

[...] Desde 2009 existe un juego para Nintendo, llamado LovePlus, que simula la experiencia de una historia de amor romántico con un adolescente. Para muchos, no obstante, el juego no se limita a esto, sino que se ha convertido en algo más: una relación que se acerca en realidad a una historia de amor «normal». En Europa, no se ha dado mucha publicidad a LovePlus, pero en Japón, si nos fijamos en las cifras, se ha convertido en uno de los más vendidos en su categoría. Centenares de miles de japoneses lo han comprado y muchos de ellos han declarado amar de verdad a la mujer avatar creada como «exclusiva personal» por el juego y han asegurado sentirse satisfechos con la relación con ella desde todos los puntos de vista. Dominio, poder, fusión y desencanto: ¿es el amor virtual el arma hipermoderna del superpoder de los cuatro jinetes del Apocalipsis?

ZYGMUNT BAUMAN:

En el momento en que te enamoras, es probable que no te contentes con una sola noche de amor: querrás más, mucho más. Querrás que ese amor, ese maravilloso regalo del destino, se cristalice, dure para siempre (como exclamó exultante Fausto, enardecido de amor al contemplar la realización de su proyecto: «Detente pues; ¡eres tan bello!»). Ya no te será posible imaginar un mundo que no lo contenga, ni tu vida en un mundo similar. El problema es que ese querer que «dure para siempre» implica, al menos en ese momento, nada más y nada menos que una decisión y una promesa, a la propia pareja y a uno mismo, de amor eterno. Y desde ese momento en adelante decides nadar a contracorriente. Después de todo, contraes ese compromiso, esa obligación, en un mundo totalmente entregado al visto y no visto, al atrapar las oportunidades fugaces, de breve duración y eminentemente revocables, al tirarse a la piscina dudando poco o nada, en cuanto descubres que la hierba del vecino es más verde que la tuya. Y tú eres una criatura de ese mundo: has sido criado, educado, instruido, perfeccionado, además de reafirmado a diario como tal. ¿Existe un modo de conciliar el amor «hasta que la muerte nos separe» con la curiosidad, la intensidad, el desparpajo y, en conjunto, la inquietud de una criatura como esta, hija de una sociedad como esta?